

# PRÓLOGO

SI EL ESTUDIO de las relaciones internacionales es un área poco desarrollada en las ciencias sociales latinoamericanas, el examen de las vinculaciones de diverso tipo entre nuestros países y los del continente africano revela déficits aún mucho más preocupantes. De ahí que, desde mediados de la década del noventa, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) comenzó a promover una serie de iniciativas tendientes a modificar este recíproco desconocimiento entre dos continentes unidos por importantísimos lazos de sangre y cultura. Fue el presidente Luiz Inácio “Lula” da Silva quien dijo que su país, Brasil, albergaba el segundo contingente de afrodescendientes del planeta, y que esta cifra, que se empinaba por encima de los ochenta millones, sólo era superada por la población que residía en el país más grande de África, Nigeria. Con sus palabras, el presidente Lula reafirmaba la vigencia de un histórico planteamiento de Brasil y subrayaba, una vez más, la continuidad de las grandes directrices de la política exterior de ese país, en abierto contraste con el carácter errático y zigzagueante que ha caracterizado a Argentina.

En dicho contexto, los estudios africanos en América Latina y el Caribe constituyen una rara excepción. Atacar este problema ha sido precisamente la motivación fundamental de CLACSO al lanzar su Programa de Colaboración Académica Internacional Sur-Sur, destinado a promover estudios e investigaciones sobre la realidad africana y las

relaciones afro-latinoamericanas en América Latina y el Caribe y a facilitar el contacto entre los académicos de nuestra región y los del mundo africano. Es en el marco de estos esfuerzos que debe inscribirse la publicación del libro de Gladys Lechini, cuyos méritos son muchos y de muy diverso tipo. En primer lugar, adentrarse en un territorio muy poco explorado como el de las relaciones argentino-africanas, ofreciendo un aporte llamado a cubrir un vacío que preocupa no sólo por lo que dice de la calidad de nuestra vida académica sino, peor aún, porque desnuda la incoherencia y la improvisación que ha guiado la política exterior argentina en relación a un continente de la importancia de África. En segundo lugar, haber abordado este estudio desde una enriquecedora perspectiva comparativa al establecer un didáctico contrapunto entre la política exterior africana de Brasil y la sucesión de políticas y aproximaciones ensayadas por Argentina.

La autora, profesora de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina, investigadora del CONICET, y coordinadora del Programa Sur-Sur de CLACSO, es una de las más importantes africanistas de América Latina y el Caribe, con una dilatada trayectoria en la docencia y la investigación y un conocimiento de primera mano de buena parte del continente africano. El libro que hoy tenemos el agrado de presentar se originó en la tesis doctoral que Lechini presentara ante la Universidad de San Paulo, en Brasil, texto que luego fue revisado para alcanzar su formato final, que es el que el lector tiene en sus manos.

El libro comienza con una discusión general sobre la política exterior argentina, cuyo rasgo más característico –y ciertamente paradójal– es la persistencia, desde la segunda mitad del siglo pasado, de su imprevisibilidad, su carácter tradicionalmente errático y zigzagueante, y su siempre titubeante estrategia de inserción internacional. Son muy pocos los países como Argentina que, en el lapso de unos pocos años, pasó de desdeñar al Movimiento de los No-Alineados a adherir a él con entusiasmo una vez estallada la Guerra de las Malvinas, para luego pasar, poco tiempo después, a proclamar sin ambages su alineamiento incondicional con Estados Unidos en la tristemente célebre doctrina de las “relaciones carnales” con la potencia hegemónica. Obviamente, en estos alocados vaivenes, la política exterior hacia África estaba condenada a ser una víctima privilegiada de las marchas y contramarchas de la política oficial.

Con la reconstrucción democrática y el advenimiento del gobierno de Raúl Alfonsín, la relación con los países africanos pasó a ocupar un puesto mucho más relevante en la agenda exterior de la Argentina. El rasgo más notorio de este período, sin duda, fue la ruptura de relaciones con el gobierno racista de Sudáfrica, que no por casualidad había sido objeto de un tratamiento especial por parte de la dictadura militar durante el período 1976-1983. No obstante, la debilidad de la “apertura afri-

cana” del Palacio San Martín, limitada a gestos e iniciativas meramente diplomáticas –es decir, carentes de un sustento en términos de intensificadas relaciones comerciales, políticas y culturales– hizo que, con la rectificación del rumbo de la política exterior promovida por el gobierno de Carlos S. Menem, los países africanos prácticamente desaparecieran de la agenda de la cancillería argentina.

El libro de Lechini demuestra el contraste existente con Brasil, país en el cual desde los años sesenta se adoptó y mantuvo una política incrementalista de profundización de los lazos comerciales, políticos y culturales con los países africanos. Y si bien ya en los noventa, y pese a su retórica “primermundista”, Menem estableció relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno de transición de De Klerk en Sudáfrica, lo cierto es que ni ese país ni el resto de las naciones africanas lograron atraer la atención y el interés de la Casa Rosada. Desde un punto de vista histórico, la autora demuestra que la relación argentino-sudafricana a partir de los años sesenta transita por tres períodos: el primero, que transcurre entre 1960 y 1983, en el cual dicha relación obedeció a impulsos esporádicos dictados más que nada por consideraciones estrictamente comerciales y, hacia el final de esa etapa y en el marco de la dictadura militar, por cuestiones estratégico-militares. Un segundo período se inicia con la ruptura de relaciones con el régimen racista de Pretoria y perdura hasta que en 1991 el gobierno argentino reconoce a su nueva contraparte africana. Sin embargo, como bien se señala en el libro de Lechini, este reconocimiento no produjo un replanteo de la importancia de Sudáfrica y, más generalmente, de todo el continente africano para los circunstanciales ocupantes de la cancillería argentina. Hacia finales de dicho período el contraste con Brasil es sumamente marcado, e igualmente ilustrativo de las debilidades de la estrategia internacional de Argentina. Si la postura brasileña no está exenta de problemas y dificultades –por su selectiva focalización en algunos países africanos y el abandono de otros–, la argentina en cambio ni siquiera ha sido planteada. Sencillamente, no figura en la agenda de los decisores de política exterior.

Tal vez sería más correcto concluir, al finalizar la lectura de este libro, que nuestro país todavía no ha sido capaz de elaborar una agenda seria, realista y responsable de política exterior. Y esto no sólo para África sino también para otras regiones de igual o incluso superior importancia económica y estratégica, como el Medio Oriente, Asia Pacífico y el Extremo Oriente. Estas falencias se pagan, y muy caro. La improvisación, las constantes oscilaciones, las imprevisibles redefiniciones de alianzas estratégicas y de socios privilegiados, no pueden sino debilitar la capacidad de Argentina para encontrar su lugar en el mundo, dejando de lado sueños “primermundistas” que terminaron en la catástrofe de 2001 y la ruidosa pero inconsecuente retórica “tercer-

mundista” de que hicieron gala algunos gobiernos, con los resultados consabidos. Este libro nos ayudará a encontrar, entre tantos escollos, algunos de los caminos posibles para la elaboración de una política exterior que de verdad responda a los intereses nacionales.

Atilio A. Boron  
Secretario Ejecutivo de CLACSO  
Marzo de 2006